

Introducción a la semana

La Semana Santa es semana de reconciliación, semana de perdón, que permite celebrar la Pascua con todo el entusiasmo. Las lecturas propias de esta semana son las de la pasión de Cristo o de los episodios que suceden en su entorno. Con un relieve especial a la que nos relata la Última Cena del Señor. Las lecturas del Siervo de Yahvé de Isaías dan fuerza y horizonte a las lecturas de la Pasión. Esta semana Santa es tiempo de silencio. Las lecturas han de inducirlo. Es imprescindible, más que nunca, interiorizar la Palabra. Aunque a veces choque con la oferta de grandes manifestaciones populares. También existen las procesiones del silencio, las más auténticas.

Lun
6
Abr
2009

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

“A los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 42, 1-7

Mirad a mi siervo,
a quien sostengo;
mi elegido,
en quien me complazco.

He puesto mi espíritu sobre él,
manifestará la justicia a las naciones.

No gritará, no clamará,
no voceará por las calles.

La caña cascada no la quebrará,
la mecha vacilante no la apagará.

Manifestará la justicia con verdad.

No vacilará ni se quebrará,
hasta implantar la justicia en el país.

En su ley esperan las islas.

Esto dice el Señor, Dios,
que crea y despliega los cielos,
consolidó la tierra con su vegetación,
da el respiro al pueblo que la habita
y el aliento a quienes caminan por ella:
«Yo, el Señor,
te he llamado en mi justicia,
te cogí de la mano, te formé
e hice de ti alianza de un pueblo
y luz de las naciones,
para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la cárcel,
de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo de hoy

Salmo 26, 1. 2. 3. 13-14 R/. El Señor es mi luz y mi salvación

El Señor es mi luz y mi salvación,

¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,

¿quién me hará temblar? R/.

Cuando me asaltan los malvados

para devorar mi carne,

ellos, enemigos y adversarios,

tropiezan y caen. R/.

Si un ejército acampa contra mí,

mi corazón no tiembla;

si me declaran la guerra,

me siento tranquilo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor

en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,

ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa.

María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungíó a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice:

«¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?».

Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando.

Jesús dijo:

«Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis».

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos.

Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Reflexión del Evangelio de hoy

El aspecto de sencillo triunfo que tenía la acogida a Jesús en Jerusalén que ayer celebramos, hoy continúa con las deferencias que con él tiene María y la acogida en casa de Marta, y de la reacción de credibilidad que produjo la resurrección de Lázaro entre los judíos; que tanto molesta a los sumos sacerdotes.

Pero esos aspectos triunfales llevan precisamente a la persecución. No sólo de él sino también de quien puede ser testigo de su credibilidad, Lázaro. Los sumos sacerdotes habían ya decidido su eliminación. Isaías, en su magnífico canto, eleva la condición de ese siervo: ha sido especialmente elegido, tomado de la mano por Dios, sobre él ha enviado Dios el espíritu, tendrá una misión liberadora...

Sí, este lunes no se entra de una manera decidida en los pasos que encaminan a la muerte, pero la amenaza se percibe. El salmo responsorial proclamará al Señor como mi luz y mi salvación. Pero ese estribillo se repite mientras se relata cómo es asaltado por los malvados. Al final del salmo, puesto que se sabe que la luz y la salvación viene de Dios, se insta a ser valiente, a tener ánimo, a esperar en el Señor..., para entrar en el país de la dicha.

Vemos a Jesús a gusto en casa de sus amigos, en medio del entorno hostil que se genera contra él. Disfruta de la amistad en medio de las amenazas, se alegra del perfume, aunque recuerde que estaba pensado para su sepultura. Jesús no es un hombre para la muerte, de modo que en la muerte encuentra su ser real. Es hombre para la vida. Si la muerte le llega es porque alguien así lo quiso. Eso sí, el Padre está con él, como con el siervo de Yahvé; y su muerte no será inútil, sino liberadora, como lo es la misión de ese siervo De Yahvé.



Fray Juan José de León Lastra O.P.

Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar
7
Abr
2009

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

“Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:

El Señor me llamó desde el vientre materno,
de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre.

Hizo de mi boca una espada afilada,
me escondió en la sombra de su mano;
me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba
y me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel,
por medio de ti me glorificaré».

Y yo pensaba: «En vano me he cansado,
en viento y en nada he gastado mis fuerzas».

En realidad el Señor defendía mi causa,
mi recompensa la custodiaba Dios.

Y ahora dice el Señor,
el que me formó desde el vientre como siervo suyo,
para que le devolviese a Jacob,
para que le reuniera a Israel;
he sido glorificado a los ojos de Dios.

Y mi Dios era mi fuerza:
«Es poco que seas mi siervo
para restablecer las tribus de Jacob
y traer de vuelta a los supervivientes de Israel.

Te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo de hoy

Salmo 70. 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15ab y 17 R/. Mi boca contará tu salvación, Señor

A ti, Señor, me acijo:
no quede yo derrotado para siempre;
tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo,
inclina a mí tu oído, y sálvame. R/.

Sé tú mi roca de refugio,
el alcázar donde me salve,
porque mi peña y mi alcázar eres tú.
Dios mío, líbrame de la mano perversa. R/.

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,

en el seno tú me sostenías. R/.

Mi boca contará tu justicia,
y todo el día tu salvación.
Dios mío, me instruiste desde mi juventud,
y hasta hoy relato tus maravillas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 21-33. 36-38

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo:
«En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar».

Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía.

Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía.

Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó:
«Señor, ¿quién es?».

Le contestó Jesús:
«Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado».

Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo:
«Lo que vas a hacer, hazlo pronto».

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres.

Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús:
«Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros:
“Donde yo voy no podéis venir vosotros”».

Simón Pedro le dijo:
«Señor, ¿adónde vas?».

Jesús le respondió:
«Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».

Pedro replicó:
«Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti».

Jesús le contestó:
«¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Reflexión del Evangelio de hoy

Te hago luz de las naciones.

En la primera lectura tomada del profeta Isaías se expone la misión del siervo, recibida de Dios: Proclamar la Palabra del Señor, para que reunir a los supervivientes de Israel, y ser luz de las naciones para que la salvación de Dios alcance hasta el último confín de la tierra. Por su entrega total a su misión, recibirá el nombre de Siervo de Yahvé.

El siervo no tendrá más armas que su Palabra incisiva, “más tajante que espada de doble filo”.

Jesucristo será quien realizará esta salvación en plenitud.

Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.

Estamos en la antesala de la cena pascual. Jesús está reunido con sus discípulos. Les ha lavado los pies. Y con profundo dolor les anuncia que uno de ellos va a traicionarlo.

Los discípulos se miran perplejos. Jesús no lo delata delante de sus compañeros. Responde a la pregunta de Juan ofreciendo un trozo de pan untado a Judas. Es una invitación, la última oportunidad para el discípulo traidor. No lo hace, fríamente, sino ofreciéndole su amistad.

Pero éste la rechaza. El mal puede más. Es la hora del poder de las tinieblas...

Pero amanecerá el primer día de la semana. La mañana de la Resurrección.

La traición del discípulo será para Jesús la ocasión de demostrar que su amor es más fuerte que el odio mortal de sus enemigos.

El fruto de ese amor, que da la vida libremente, será el don del Espíritu, que da al hombre la capacidad de amar sin límites.

Jesús excluye toda violencia. Muestra que Dios no impone ni coacciona, sino que es puro amor que se ofrece.

La idea de un Dios impositivo justifica el poder y la violencia entre los hombres.

El Dios de Jesús, el Padre, no justifica ninguna violencia.

Por eso no existe más juicio que el que el hombre se da a sí mismo.

La respuesta de Jesús no revela el nombre del traidor ni lo señala. "Porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. (Jn. 12, 47)

Ahora es glorificado el Hijo del hombre ...

La cruz y la gloria van unidas.

San Pablo en el himno litúrgico de la carta a los Filipenses, nos dirá:

"... Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el nombre sobretodo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo; y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre." (Filipenses 2, 6 – 11)

Los discípulos, como siempre, no entendieron a que se refería Jesús, pero algo sobrecogedor intuían.

Pedro le dirá: daré mi vida por ti. ¡Pobre Pedro!, tan frágil y lo ignora, no se da cuenta de lo cerca que está también él de traicionar al Maestro. Y como él, todos nosotros. Pero el Amor de Dios es más fuerte que nuestra debilidad y nuestro pecado.

Jesús nos dice: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn. 13, 13)

Esa es la misión de Jesús. Esa es también nuestra misión.



Monasterio de la Descensión - MM. Dominicas

Ajofrín

Mié

8

Abr

2009

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

"Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar"

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 50, 4-9a

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo;
para saber decir al abatido una palabra de aliento.

Cada mañana me espabila el oído,
para que escuche como los discípulos.

El Señor Dios me abrió el oído;
yo no resistí ni me eché atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba;
no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos.

El Señor Dios me ayuda,
por eso no sentía los ultrajes;

por eso endurecí el rostro como pedernal,
sabiendo que no quedaría defraudado.

Mi defensor está cerca,
¿quién pleiteará contra mí?

Comparezcamos juntos,
¿quién me acusará?

Que se acerque.

Mirad, el Señor Dios me ayuda,
¿quién me condenará?

Salmo de hoy

Salmo 68, 8-10. 21-22. 31 y 33-34 R/. Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor

Por ti he aguantado afrentas,
la vergüenza cubrió mi rostro.
Soy un extraño para mis hermanos,
un extranjero para los hijos de mi madre.
Porque me devora el celo de tu templo,
y las afrentas con que te afrentan caen sobre mi. R/.

La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco.
Espero compasión, y no la hay;
consoladores, y no los encuentro.
En mi comida me echaron hielo,
para mi sed me dieron vinagre. R/.

Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias.
Miradlo, los humildes, y alegraos;
buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 26, 14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso:
«¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?».

Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:
«¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?».

Él contestó:
«Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle:
"El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"».

Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo:
«En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar».

Ellos, muy tristes, se pusieron a preguntarle uno tras otro:
«¿Soy yo acaso, Señor?».

Él respondió:
«El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!».

Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:

«¿Soy yo acaso, Maestro?».

Él respondió:

«Tú lo has dicho».

Reflexión del Evangelio de hoy

“No me he echado atrás, el Señor me ayudaba”

Una persona ajena a nuestra fe, si leyese este texto pensaría que su protagonista -que para nosotros es Cristo Jesús- tuvo una dura batalla: “ofrecí la espalda a los que me golpeaban, le mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos y salvazos”. Pero que de ella salió victorioso: “Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido... y sé que no quedaré avergonzado. Tengo cerca mi abogado... Mirad, mi Señor me ayuda; ¿quién probará que soy culpable”. Es verdad, Cristo salió victorioso, aunque después de que algunos probarán injustamente que era culpable y reo de muerte. Pero su Señor no dejó que la injusticia prevaleciese y después de su muerte le resucitó. Su Señor nunca le abandonó y no dejó que quedara avergonzado. Después de la primera Semana Santa, millones y millones de personas, seguimos celebrando el triunfo de Cristo: su vida, su muerte y su resurrección. Después del Viernes Santo siempre llega el Domingo de Resurrección.

La traición y el misterio de Judas

Tenemos que afirmar con toda claridad que Dios nos ha dotado de libertad y siempre la respeta. El evangelio de hoy nos enfrenta a una de las decisiones más misteriosas de una persona concreta, llamada Judas. Un día, Judas quedó prendado por Jesús. Jesús le ofreció su amistad y le invitó a seguirle. Judas aceptó esta invitación. Vivió con él tres años de gran intimidad. Tuvo la suerte de saborear muy de cerca quién era Jesús, oír sus palabras, descubrir, de primera mano, sus sentimientos de amor, de perdón, de compasión, de salvación... para toda la humanidad. ¡Mejor Maestro imposible! Pues Judas, ejerciendo su libertad, fue capaz de traicionar y vender a su Maestro por un puñado de monedas. Todavía hoy nos sigue sorprendiendo su decisión. Y Jesús acusó el golpe: “Uno de vosotros me va a entregar”. En este miércoles santo, ante la misteriosa traición de Judas, no nos cabe más que pedir, a nuestro Maestro y Señor, que no le traicionemos, sabiendo que traicionarle a él es traicionarnos a nosotros mismos.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Jue

9 Abr

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Los amó hasta el extremo”

Introducción

En este día de Jueves Santo celebramos el amor entrañable de Jesús a sus discípulos. Con gestos evidentes nos muestra el auténtico rostro de Dios, el verdadero rostro del ser humano y cómo ha de ser “el ser” y “el actuar” de la comunidad de sus seguidores. Nos revela a un Dios Padre y Madre, que ama apasionadamente al hombre con sus contradicciones y miserias. A la vez, Jesús nos enseña cómo debe ser y actuar la comunidad: Ha de hacer visible el rostro de Dios a los hombres y mujeres amándoles, sintiéndose solidaria y defendiendo a las víctimas de la injusticia humana.

El amor de Jesús realiza el gran deseo del Padre por ser un amor que congrega, que reúne a los hermanos dispersos en una familia de hijos y de hermanos. Su signo más expresivo será la “mesa compartida”. Es también un amor que significa al ser humano como persona y como ser social al ser un amor que no excluye a nadie.

Este amor de Dios Padre, manifestado visiblemente en Jesús, es también una tarea: “Os doy un Mandamiento Nuevo: amaos unos a otros”. Jesús con este mandamiento del amor les da el fundamento de su nueva comunidad: “En eso conocerán que sois discípulos míos, en que os améis unos a otros.”



Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: «El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardareis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer». Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasare esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasare de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor JesúS, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que comedis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo JesúS que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y JesúS, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». JesúS le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». JesúS le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». JesúS le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis «el Maestro» y «el Señor», y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

Donde está el Señor hay libertad

JesúS celebra una cena de despedida como anticipo del banquete final en el Reino. En ella nos dio las pruebas definitivas de su amor. Nos enseñó a amar hasta la mayor donación, y hasta la entrega más generosa. Nos lo dio todo.

JesúS, como buen judío, había celebrado muchas veces la pascua recordando la liberación de su pueblo esclavo en Egipto. Fue el Señor quien lo liberó porque donde está el Señor hay libertad.

En la cena de despedida, JesúS, reunido con sus discípulos, celebra una vez más la Pascua. No faltó el cordero, el pan y el vino, pero, con un contenido nuevo que supera el anterior. Ahora se recuerda el amor de Cristo hasta la muerte y su paso victorioso hasta la Vida.

Gestos elocuentes de su entrega:

Institución de la Eucaristía

Jesús repite el gesto que todos conocen: Toma el pan, pronuncia una bendición a Dios, lo rompe y lo distribuye, como tantas veces lo había hecho, pero, esta noche, mientras lo reparte pronuncia esta afirmación: "Esto es mi cuerpo". En otras ocasiones, al final de la cena, Jesús daba gracias alzando la copa de vino, pero, esta noche, sublima el gesto y todos beben de una misma copa mientras Jesús les dice: "ésta es la Nueva Alianza sellada con mi sangre".

Con estos gestos Jesús resume su servicio al Reino de Dios y su entrega total. Los seguidores de Jesús no quedan huérfanos. La muerte no puede romper la unión con Él. Él estará siempre con nosotros.

La institución de la Eucaristía es el gesto más importante realizado por Jesús en esta noche. Es el Sacramento central de la fe y de la experiencia cristiana.

Lavatorio de los pies

Jesús, con el gesto del lavatorio de los pies, nos enseña cual debe ser el estilo de su comunidad: la igualdad y la libertad como fruto del amor mutuo. Quien no acepta este rasgo distintivo queda excluido de la unión con Jesús.

Jesús, al hacerse servidor, manifiesta su grandeza de muy distinta manera a como acontece en nuestra sociedad. Su amor y su servicio crean las condiciones de igualdad y de libertad entre los seres humanos. En la comunidad de Jesús todos serán señores porque todos serán servidores. Las diferencias de funciones no justifican superioridad alguna ni pueden enturbiar la relación de hermanos, pues todos somos hijos del mismo Padre. Jesús, al lavarles los pies, y al compartir la cena con sus discípulos, ha mostrado su amor, un amor que no excluye a nadie, ni siquiera al que lo iba a entregar.

En nuestro mundo, donde se dan escandalosas desigualdades, donde tener es, muchas veces, más importante que ser, la actitud de Jesús nos enseña que ni el deseo de hacer bien justifica el ponerse por encima de los demás. Jesús se arrodilla ante los pies endurecidos de los suyos y nos enseña la manera de estar ante las debilidades, los defectos e incluso los fallos de nuestros hermanos: arrodillados para comprenderlos, lavarlos y ayudarles a continuar caminando.

"El que quiera ser grande entre vosotros, que sea el servidor de todos."

Haced esto en memoria mía

A veces pensamos que el mandato del Jesús : "Haced esto en memoria mía" se refiere únicamente a la celebración de la Eucaristía, pero posiblemente abarca todo el contexto de la cena. También el lavatorio de los pies.

En la Eucaristía renovamos la memoria de la muerte de Jesús y nos vinculamos a ella. Jesús, al lavar los pies, nos muestra una actitud de servicio y nosotros estamos llamados a tener esa misma actitud en memoria suya. Si la Eucaristía actualiza el gesto de amor y entrega de Jesús con el signo de compartir el pan y el vino, nuestra actitud al celebrar la Eucaristía debe ser la de celebrar el amor mutuo compartiendo lo nuestro con los demás. Eucaristía, Comunidad y amor son inseparables.

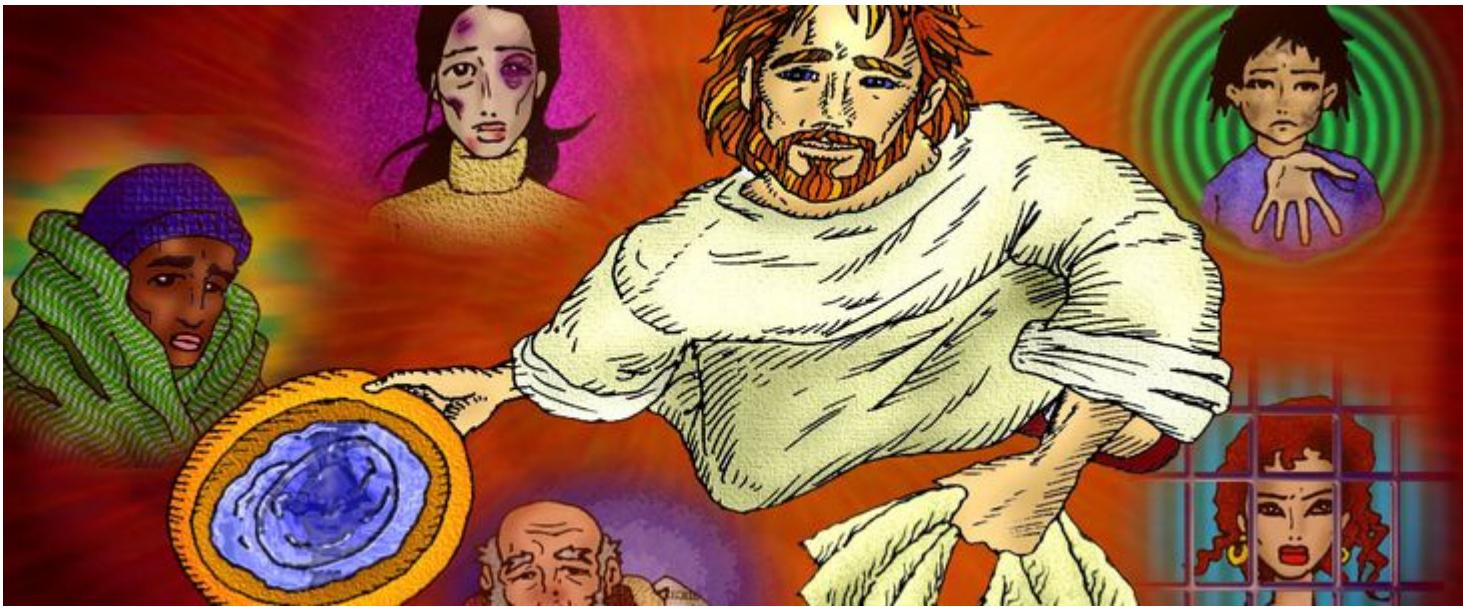
Si nos amamos y hacemos lo que Él hizo, perpetuamos su presencia entre nosotros y seremos signos creíbles. Los otros conocerán que somos de los suyos.



Hna. Belén Eslava Vizcay
Dominica de la Enseñanza. Diplomada en Teología

Evangelio para niños

Jueves Santo - 9 de abril de 2009



El lavatorio de los pies

Juan 13, 1-15

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios"). Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.

Vie

10 Abr

Homilía de Viernes Santo

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

"Está cumplido"

Introducción

Jesús, hablando un día con sus discípulos sobre su muerte que intuía próxima, les dijo: "Cuando sea levantado hacia lo alto, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,32). Y, en otro momento de la Pasión, se nos dice también: "Mirarán al que traspasaron" (Jn 19,37).

Desde aquel primer Viernes Santo, todas las miradas se han seguido dirigiendo hacia el traspasado, al celebrarlo y recordarlo. Todas las miradas de todos los creyentes y seguidores de Jesús. Y no sólo ellos, también agnósticos y practicantes de otras religiones. Basta ser humanos, ser sensibles, para que un hecho como aquél, interpele y dirija la mirada y el corazón hacia él.

Las miradas hacia el misterio existieron y existen. Pero no todas fueron iguales y tampoco lo son en la actualidad. Las hubo entonces y las sigue habiendo de pura

curiosidad. No importa que la escena esté teñida de sangre, interesa el espectáculo. Las hubo y las hay, hoy más que en otros momentos de la historia, de frivolidad. Miradas poco serias, a veces mezcladas de burla y desprecio. Junto a ellas, también nos consta que hubo miradas de condolencia, como las de las piadosas mujeres de entonces y de después. Y de arrepentimiento, como la del buen ladrón. O llenas de fe, como la del Centurión. Y de respeto y cariño, como la de Juan, Nicodemo, José de Arimatea, María Magdalena y las otras mujeres. Me pregunto cuál es la mía y, con honradez y respeto, te sugiero te preguntes sobre la tuya..



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 13 — 53, 12

MIRAD, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atractivo, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Salmo

Salmo 30, 2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25 R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

A ti, Señor, me acijo: no quede yo nunca defraudado; tú, que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás. R/. Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos: me ven por la calle, y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil. R/. Pero yo confío en ti, Señor; te digo: «Tú eres mi Dios». En tu mano están mis azares: líbrame de los enemigos que me persiguen. R/. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9

Hermanos: Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno. Cristo, en efecto, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Evangelio del día

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 18, 1 — 19, 42

Cronista: En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando una cohorte y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: + «¿A quién buscáis?». C. Le contestaron: S. «A Jesús, el Nazareno». C. Les dijo Jesús: + «Yo soy». C. Estaba también con ellos Judas, el que lo iba a entregar. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: + «¿A quién buscáis?». C. Ellos dijeron: S. «A Jesús, el Nazareno». C. Jesús contestó: + «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos». C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: + «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?». C. La cohorte, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que

muera un solo hombre por el pueblo». Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada portera dijo entonces a Pedro: S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?». C. Él dijo: S. «No lo soy». C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó: + «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado. Ellos saben lo que yo he dicho». C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?». C. Jesús respondió: + «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?». C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. C. Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron: S. «¿No eres tú también de sus discípulos?». C. Él lo negó, diciendo: S. «No lo soy». C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: S. «¿No te he visto yo en el huerto con él?». C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo. C. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo: S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?». C. Le contestaron: S. «Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos». C. Pilato les dijo: S. «Lleváoslos vosotros y juzgadlo según vuestra ley». C. Los judíos le dijeron: S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie». C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: S. «¿Eres tú el rey de los judíos?». C. Jesús le contestó: + «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?». C. Pilato replicó: S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?». C. Jesús le contestó: + «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí». C. Pilato le dijo: S. «Entonces, ¿tú eres rey?». C. Jesús le contestó: + «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». C. Pilato le dijo: S. «Y, ¿qué es la verdad?». C. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». C. Volvieron a gritar: S. «A ese no, a Barrabás». C. El tal Barrabás era un bandido. C. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: S. «Salve, rey de los judíos!». C. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: S. «Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa». C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: S. «He aquí al hombre». C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: S. «Crucifícalo, crucifícalo!». C. Pilato les dijo: S. «Lleváoslos vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él». C. Los judíos le contestaron: S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios». C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más. Entró otra vez en el pretorio y dijo a Jesús: S. «¿De dónde eres tú?». C. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?». C. Jesús le contestó: + «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor». C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: S. «Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace rey está contra el César». C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo «Gábbata»). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: S. «He aquí a vuestro rey». C. Ellos gritaron: S. «¡Fuera, fuera; crucifícalo!». C. Pilato les dijo: S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?». C. Contestaron los sumos sacerdotes: S. «No tenemos más rey que al César». C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. C. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice «Gólgota»), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, e! Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: S. «No escribas «El rey de los judíos», sino: «Este ha dicho: soy el rey de los judíos»». C. Pilato les contestó: S. «Lo escrito, escrito está». C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: S. «No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca». C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados. C. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: + «Mujer, ahí tienes a tu hijo». C. Luego, dijo al discípulo: + «Ahí tienes a tu madre». C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. C. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: + «Tengo sed». C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: + «Está cumplido». C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu. [Todos se arrodillan, y se hace una pausa.] C. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron». C. Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Pautas para la homilía

Entre nosotros, los humanos, lo normal es, ante la desaparición de una persona amiga o conocida, preguntarnos y preguntar de qué murió. No así ante Jesús. Ante su muerte, quisiéramos saber algo más, aunque ese algo más esté rondando el misterio y continuamente se nos escape. ¿Por qué murió Jesús? Sabemos que murió como sólo morían los esclavos y los condenados por algún gravísimo delito. Pero, ¿por qué? ¿Sólo para que se cumplieran las Escrituras, como él mismo dijo en un momento de su vida? Seguro que, si lo dijo él, es cierto, pero no nos ilena, no acaba de convencernos. «Para librarnos del pecado» como «el cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Pero, ¿era necesario un pecado mayor para expiar un pecado menor, hablando a lo humano? Algo sabemos, pero todo envuelto en el misterio. Por eso, antes de adorarlo, antes de celebrarlo, siempre está bien intentar, de alguna forma, actualizarlo. Es lo que intentamos hacer cada vez que recordamos el «vía crucis».

Actualidad del drama

No sé si el "mirarán al que traspasaron" y aquello de que "cuando sea levantado hacia lo alto, atraeré a todos hacia mí", será la razón de ser y el origen de los "vía crucis", sobre todo de los vía crucis vivientes, en los que personas vivas representan a las figuras que tuvieron vida en la Pasión y muerte del Señor. De ahí mi pregunta en este Viernes Santo: ¿Qué papel represento yo, qué papel representáis vosotros, qué papel representamos cada uno en esta función?

Los papeles y los actores, a lo largo y ancho de estos poco más de veinte siglos de historia, han sido los mismos, con ligeros retoques y matices propios de la época, que los que rodearon a Jesús en la colina de su Pasión y muerte.

Puede que prevalezcan los indiferentes, los meros espectadores, los que se lavan las manos para evitar problemas y responsabilidades; los que, bien resguardados, no les importa lo que suceda a los demás y menos todavía por qué; aquellos que no les gusta meterse donde –según dicen– nadie les llama, cuando la muerte del inocente a todos nos "llama" y nos concierne. Más todavía, quizás sin esa indiferencia no se sentirían tan seguros los verdugos.

Los hubo y los hay también pusiláñimes, apocados y cobardes, como Pedro cuando afirmó "no conocer a ese hombre". Aunque pocos pudieran presumir de conocer a Jesús más que él, y aunque los "Pedros" posteriores hayan podido ser "practicantes" a ultranza. Pero, cuando las cosas vienen mal dadas, lo fácil es sacar la espada y cortar orejas, cuando lo único que se pedia y pide es fidelidad y confianza.

Y también los hubo y los hay fieles. Los hay que se fían de Jesús y de su Palabra. Hubo un "buen ladrón", modelo de todos los orantes, que supo pedir lo que hay que pedir, a quien hay que hacerlo, cuando hay que hacerlo y como hay que hacerlo. Porque supo fiarse de quien estaba a su lado. Hubo mujeres fieles; hombres entrañables que acompañaron a Jesús hasta después de morir. Y así los ha habido a lo largo de la historia.

¿Y yo, qué? ¿Y tú, qué? ¿Y nosotros, qué? Si hubiera que distribuir los papeles para representar el vía crucis viviente este Viernes Santo, ¿Quién va a hacer de Nicodemo? ¿Quién quiere ser Simón el de Cirene? ¿Quién hace de Juan? Mejor que no nos ofrezcan el papel de Judas; aunque inevitable, no lo queremos nadie. Los cobardes e indiferentes sobran en la representación.

La cruz y Viernes Santo

Hoy toda la liturgia y, en concreto, la lectura de la Pasión, giran en torno al mismo tema: la cruz. La cruz, centro hoy de nuestra celebración; y ayer, hoy y mañana, en el centro de nuestra vida entera.

Como sacerdote, la he tenido que trazar sobre la frente de muchos niños conducidos por sus padres para ser bautizados, como un día hicieron conmigo los míos al cumplir con tan santa obligación. Se la mostré a cuantos preparé para que recibieran su primera comunión, con aquella frase señera: "La señal del cristiano es la santa cruz". No sé ellos, yo sí comprobé más tarde la veracidad de aquellas palabras en mi propia vida. Y, al margen de mi comprobación, la he usado para bendecir, para perdonar, para celebrar los sacramentos. Con ella empezamos la eucaristía y con ella la terminamos.

No sé hoy, puede que sea distinto. Pero, yo que ya voy siendo mayor, aún la recuerdo siempre en la cabecera de mi cama, en las aulas, en las torres, en las espadañas de las iglesias, en muchos de nuestros montes y bifurcación de muchos caminos.

Y, como todos vosotros, seguro, aún la he visto mucho más cumpliendo su cometido doloroso, hiriente y lacerante. Por extraño que parezca, anida en niños y ancianos, en casados y solteros, en clérigos y laicos, en creyentes, agnósticos y ateos. Toma forma y nombre de enfermedades peculiares, caprichosas y totalmente inusuales; en deformaciones que llamamos eufemísticamente "minusvalías"; en la soledad y agonía de muchas personas, algunas conocidas, desconocidas la mayoría.

Hoy, al "celebrar" ¡quién lo diría! Viernes Santo, tenemos en cuenta todas estas cruces y las valoramos porque Jesús acabó su vida y murió en otra, en la Cruz –con mayúscula–, que es la que da valor a las nuestras. No las buscamos, que no somos masoquistas, pero tampoco las ignoramos y, menos, las despreciamos o rechazamos. Luchamos, eso sí, por aliviar el dolor que producen en nuestros hermanos los hombres, como hizo el mismo Jesús. Y cuando, después de haber rezado la oración de Jesús en Getsemaní, comprobamos que la voluntad del Padre es que "no pase de nosotros ese cálix", la aceptamos para que se cumpla su voluntad.

María, la madre del crucificado

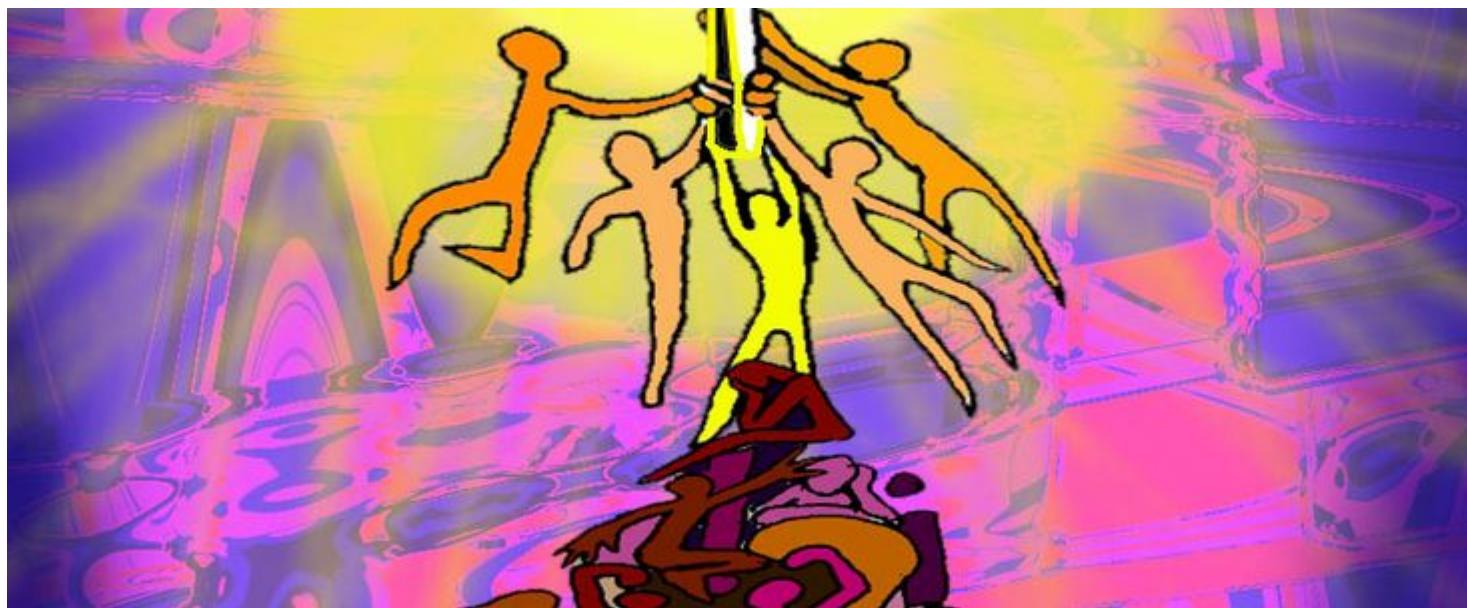
Al final, la postura más humana es adorar el misterio. Sabemos y por eso celebramos lo que sucedió, pero entenderlo es otra cosa. Puede que del todo no lo entendamos nunca. Por eso, quiero acabar con la mirada y el gesto que expresamente silencié y reservé hasta ahora, aunque sea la mirada más elocuente y el gesto más impactante. Me refiero a María, la madre de Dios, la Virgen de los dolores, cuya figura no puede ser más expresiva. Tampoco ella entendió el misterio, pero supo "guardarlo en su corazón", rezarlo y vivirlo. Como recibió y vivió a su Hijo muerto en sus brazos, en ese gesto maternal tan entrañable y familiar.

Y si todavía dudamos o no nos atrevemos, volvamos a mirar el cuadro de la Dolorosa. Con seguridad que también nos mostrará a nosotros, en actitud maternal, a Jesús, hoy muerto, pero mañana vivo y glorioso. Pero, esa es otra historia y la celebraremos mañana.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Evangelio para niños



Pasión de Ntro. Señor Jesucristo

Juan 18, 1-19,42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

....Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la Calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, una a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos". Leyeron el letrero mucho judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos le dijeron a Pilato: No escribas "El rey de los judíos", sino "Este ha dicho: Soy rey de los judíos". Pilato les contestó: - Lo escrito, escrito está. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: - No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quién le toca. Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre María la de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: - Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: - Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo: - Tengo sed. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: - Está cumplido. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.....

Explicación

Este día recordamos la muerte de Jesús, clavado en una cruz. Ocurrió hacia las tres de la tarde, a las afueras de Jerusalén. Le pusieron denuncias por decir que era Hijo de Dios y por proclamarse rey, y en el juicio le trataron de blasfemo y oponente al emperador de Roma. Por eso le condenaron a morir. Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre, la hermana de su madre y María Magdalena.

Sáb

11

Abr

2009

Evangelio del día

[Semana Santa](#)

"Mujer, ahí tienes a tu hijo"

Primera lectura

Hoy, sábado santo, la liturgia está vacía. No hay Eucaristía, por lo que tampoco hay comentarios a las mismas. Proponemos la reflexión sobre la Cruz y María.

Salmo de hoy

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan, 19, 25-27

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’. Luego dice al discípulo: ‘ahí tienes a tu madre’. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”.

Reflexión del Evangelio de hoy

El ‘vacío’ de la cruz y la ‘soledad’ del sepulcro

Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte: ‘Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar (Jn, 19, 40). La sepultura nos recuerda ‘el lugar donde son depositados los cuerpos de los difuntos’. El sepulcro evoca, con respecto a los que han muerto, ‘lo enterrado’, ‘lo oculto’, ‘lo oscuro y no expuesto a la luz’; con respecto a los que aún vivimos, el sepulcro refuerza ‘el vacío’ que representa lo que ya no tiene vida, ‘la ruptura radical’ con aquellos que han muerto, ‘la soledad afectiva’ de quien padece la separación cuando la muerte arrebata a los que queremos o sentimos especialmente cercanos.

El texto de San Juan que hemos señalado para este comentario nos puede servir para comprender el ‘vacío’ y ‘dureza’ que nos ha dejado la experiencia de la cruz en el Viernes Santo y para aliviar la ‘soledad’ y ‘oscuridad’ que nos recuerda el sepulcro. El evangelista conoce en profundidad el dolor y los desvelos humanos que produce el sufrimiento de la muerte. Le basta retomar el diálogo de Jesús con los suyos al pie de la cruz para ofrecernos una meditación nada despreciable ni alejada de nuestra condición humana. San Juan no precisa de muchos gestos o palabras para acercarnos a lo esencial. En una circunstancia límite surge el balbucir de la palabra, acompañada de una mirada, que ahora contemplamos en los tres personajes protagonistas de la escena.

La madre, el hijo y el discípulo

El texto se hace eco de un diálogo breve e intenso de Jesús en la cruz con su madre y con su discípulo amado. Con gran originalidad sitúa a la madre de Jesús en uno de los momentos más cruciales en la vida de su Hijo y a uno de sus discípulos, ‘el amado’, en una de las experiencias de relación más duras para dos amigos. Nos encontramos ante un doble gesto lleno de humanidad. Esta Palabra nos permite apreciar una reflexión madura sobre el amor de Dios en la cruz y sobre la realidad de ese mismo amor entre los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar. Veámoslo de esta manera:

Por un lado, se nos representa en la escena a una madre y a un Hijo que se encuentran para afrontar el momento definitivo de toda existencia. La ‘mirada de Jesús’ a su madre es más que un mero gesto casual o involuntario. Refleja una comunicación intensa entre un hijo y una madre. ‘Viendo a su madre’ nos evoca y recuerda la pasión interior que vivimos cuando queremos a alguien. No resulta fácil describir en palabras los afectos de filiación que surgen entre un hijo y una madre. Algo divino los recorre cuando son reflejo de una intensidad que supera la simple concreción emocional del momento. Hay gestos maternos de amor que asumiendo, como no puede ser menos, la singularidad de ser madre se extienden a todos. En boca de Jesús leemos: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’. La ausencia de lo que es singular, único e importante para cada uno de nosotros produce ‘vacíos’ en nuestros afectos humanos más íntimos; no obstante, ‘el vacío que produce la ausencia de lo singular’ se llena de esperanza y de superación cuando el amor se extiende y llega también a otros. María, madre de Jesús, se convierte como mujer, en madre de todos.

Por otro lado, un maestro y un discípulo que, habiendo compartido la vida, se encuentran para reforzar su fraternidad y amistad. Es más que un mero recreo de intimidad. Ante todo, el encuentro es un compromiso: ‘desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa’. ‘La soledad’ de la ausencia se vuelve presencia en lo que la expresión cargada de vitalidad y experiencia refleja: ‘hijo, ahí tienes a tu madre’.

No somos ajenos al dolor propio o ajeno. En la cruz o en el sepulcro y en lo que estos vocablos en la vida de Jesús representan, todos nos vemos reflejados. Estamos necesitados de encuentros intensos entre nosotros que nos ayuden a superarnos en el dolor; llamados a madurar aquellos aspectos personales que nos hacen más vulnerables; estimulados a reforzar los lazos afectivos procurando siempre la esperada meta de la fraternidad; comprometidos en renovar la vida, por débil que ésta parezca, poniendo de manifiesto nuestros compromisos con ella. En definitiva, impulsados a crecer en el amor.



Fray Jesús Díaz Sariego O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha - Madrid

Homilía de Domingo de Pascua en la Resurrección del señor

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Este es el día en que actuó el Señor: Sea nuestra alegría y nuestro gozo. ¡Aleluya!”

Introducción

Vigilia Pascual

Estamos en Pascua, fiesta grande de los discípulos de Jesús. Todo ha ocurrido para nosotros, de tal modo que, creyendo en Él, tengamos vida. No está de más, por ello, echar una mirada a la resurrección desde el punto de vista del discípulo. Me atrevo a ofrecerles, hermanos y hermanas, un intento de recreación de la vivencia pascual que pudieron tener los primeros discípulos tratando -ésta es la osadía- de meterme en la piel de una de aquellas mujeres fuertes que supieron estar al pie de la cruz.

Me tomo, además, una segunda licencia: se trata de un relato y no de las habituales pautas para la homilía. Me anima a hacerlo pensar que estamos precisamente en Pascua, fiesta de la transgresión: el mismísimo Dios violando la ley que prohíbe tocar a un muerto. Me hago cargo de que ya no se lleva decir estas cosas -¡suenan a mayo del 68!-, pero asumo el riesgo de pasar por un trasnochado.

Misa del Día

El Domingo de Pascua de Resurrección es por excelencia el día del Señor, porque el Señor por excelencia es el Señor Resucitado. En realidad es la única manera de ser del Señor en estos momentos, resucitado: su vida por Palestina, sus alegrías y dolores, su pasión, ya han terminado; su vida ahora es la del Resucitado, plenitud de vida humana, y, por supuesto, vida divina.

La resurrección no es sólo un acontecimiento que tuvo lugar en un momento dado, es una realidad que sigue presente, como presente en nuestra historia está el Resucitado. Resucitó, precisamente, para que no desapareciera de nuestra historia y se hubiera quedado exclusivamente en un agradable recuerdo. Resucitó para que no sólo tratáramos de imitar lo que sabíamos de él, sino para que le sintiéramos presente en nuestra vida, y buscáramos estar unidos a él: nadie busca estar unido a un cadáver aunque fuera de la persona más querida.

Por eso hoy no sólo celebramos que Cristo resucitó, sino que vive resucitado, presente entre nosotros, alentando nuestro caminar, y, especialmente, proclamando que también nosotros estamos llamados a la resurrección. Su resurrección es la proclamación no sólo de su victoria, sino también de la nuestra contra el mal y, en definitiva, contra la muerte.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 1, 1 - 2, 2

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra». Y dijo Dios: «Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la superficie de la tierra y todos los árboles frutales que engendran semilla: os servirán de alimento. Y la hierba verde servirá de alimento a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra y a todo ser que respira». Y así fue. Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno. SALMO: R/. Envía tu espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra. Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. R/. Asentaste la tierra sobre sus cimientos, y no vacilará jamás; la cubriste con el manto del océano, y las aguas se posaron sobre las montañas. R/. De los manantiales sacas los ríos, para que fluyan entre los montes; junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre las frondas se oye su canto. R/. Desde tu morada riegas los montes, y la tierra se sacia de tu acción fecunda; haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos. R/. Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas. ¡Bendice, alma mía, al Señor! R/.

Salmo

Lectura del libro del Génesis 22, 1-18

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «¡Abrahán!». El respondió: «Aquí estoy». Dios dijo: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré». Abrahán madrugó, aparejó el asno y se llevó consigo a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el holocausto y se encaminó al lugar que le había indicado Dios. Al tercer día levantó Abrahán los ojos y divisó el sitio desde lejos. Abrahán dijo a sus criados: «Quedaos aquí con el asno; yo con el muchacho iré hasta allá para adorar, y después volveremos con vosotros». Abrahán tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo Isaac, y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos. Isaac dijo a Abrahán, su padre: «Padre». Él respondió: «Aquí estoy, hijo mío». El muchacho dijo: «Tenemos fuego y leña, pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?». Abrahán contestó: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío». Y siguieron caminando juntos. Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán alargó la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!». Él contestó: «Aquí estoy». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo». Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Abrahán llamó aquel sitio «El Señor ve», por lo que se dice aún hoy «En el monte el Señor es visto». El ángel del Señor llamó a Abrahán por segunda vez desde el cielo y le dijo: «Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de sus enemigos. Todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi voz». SALMO R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. R/. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Segunda lectura

Lectura del libro del Éxodo 14, 15 - 15, 1

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídello, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar, por lo seco. Yo haré que los egipcios se obstinen y entren detrás de vosotros, y me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército, de sus carros y de sus jinetes. Así sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, de sus carros y de sus jinetes». Se puso en marcha el ángel del Señor, que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube, que iba delante de ellos, se desplazó y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel. La nube era tenebrosa y transcurrió toda la noche sin que los ejércitos pudieran aproximarse el uno al otro. Moisés extendió su mano sobre el mar y el Señor hizo retirarse el mar con un fuerte viento del este que sopló toda la noche; el mar se secó y se dividieron las aguas. Los hijos de Israel entraron en medio del mar, en lo seco, y las aguas les hacían de muralla a derecha e izquierda. Los egipcios los persiguieron y entraron tras ellos, en medio del mar: todos los caballos del faraón, sus carros y sus jinetes. Era ya la vigilia matutina cuando el Señor miró desde la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios y sembró el pánico en el ejército egipcio. Trabó las ruedas de sus carros, haciéndolos avanzar pesadamente. Los egipcios dijeron: «Huyamos ante Israel, porque el Señor lucha por él contra Egipto». Luego dijo el Señor a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, y vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes». Moisés extendió su mano sobre el mar; y al despuntar el día el mar recobró su estado natural, de modo que los egipcios, en su huida, toparon con las aguas. Así precipitó el Señor a los egipcios en medio del mar. Las aguas volvieron y cubrieron los carros, los jinetes y todo el ejército del faraón, que había entrado en el mar. Ni uno solo se salvó. Mas los hijos de Israel pasaron en seco por medio del mar, mientras las aguas hacían de muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel del poder de Egipto, e Israel vio a los egipcios muertos, en la orilla del mar. Vio, pues, Israel la mano potente que el Señor había desplegado contra los egipcios, y temió el pueblo al Señor, y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este canto al Señor: SALMO R/. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar. Mi fuerza y mi poder es el Señor, El fue mi salvación. Él es mi Dios: yo lo alabaré; el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré. R/. El Señor es un guerrero, su nombre es «El Señor». Los carros del faraón los lanzó al mar, ahogó en el mar Rojo a sus mejores capitanes. R/. Las olas los cubrieron, bajaron hasta el fondo como piedras. Tu diestra, Señor, es magnífica en poder, tu diestra, Señor, tritura al enemigo. R/. Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad, lugar del que hiciste tu trono, Señor; santuario, Señor, que fundaron tus manos. El Señor reina por siempre jamás. R/.

Tercera lectura

Lectura del libro de Isaías 54, 5-14

Quien te desposa es tu Hacedor: su nombre es Señor todopoderoso. Tu libertador es el Santo de Israel: se llama «Dios de toda la tierra». Como a mujer abandonada y abatida te llama el Señor; como a esposa de juventud, repudiada —dice tu Dios—. Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré. En un arrebato de ira, por un instante te escondí mi rostro, pero con amor eterno te quiero —dice el Señor, tu libertador—. Me sucede como en los días de Noé: juré que las aguas de Noé no volverían a cubrir la tierra; así juro no irritarme contra ti ni amenazarte. Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, no cambiaría mi amor, ni vacilaría mi alianza de paz —dice el Señor que te quiere—. ¡Ciudad afligida, azotada por el viento, a quien nadie consuela! Mira, yo mismo asiento tus piedras sobre azabaches, tus cimientos sobre zafiros; haré tus almenas de rubí, tus puertas de esmeralda, y de piedras preciosas tus bastiones. Tus hijos serán discípulos del Señor, gozarán de gran prosperidad tus constructores. Tendrás tu fundamento en la justicia: lejos de la opresión, no tendrás que temer; lejos del terror, que no se acercará. SALMO R/. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, y me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. R/. Tañed para el Señor, fieles tuyos, celebrad el recuerdo de su nombre santo; su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo. R/. Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórmeme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor Dios mío, te daré gracias por siempre. R/.

Cuarta lectura

Lectura del libro de Isaías 55, 1-11

Este dice el Señor: «Sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche. ¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclinad vuestro oído, venid a mí: escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros una alianza perpetua, las misericordias firmes hechas a David: lo hice mi testigo para los pueblos, guía y soberano de naciones. Tú llamarás a un pueblo desconocido, un pueblo que no te conocía correrá hacia ti; porque el Señor tu Dios, el Santo de Israel te glorifica. Buscad al Señor mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca. Que el malvado abandone su camino, y el malhechor sus planes; que se convierta al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos —oráculo del Señor—. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes. Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo». SALMO R/. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación. «Él es mi Dios y Salvador: confiaré y no temeré, porque mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación». Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación. R/. «Dad gracias al Señor, invocad su nombre, contad a los pueblos sus hazañas, proclamad que su nombre es exento». R/. Tañed para el Señor, que hizo proezas, anunciadlas a toda la tierra; gritad jubilosos, habitantes de Sion, porque es grande en medio de ti el Santo de Israel. R/.

Quinta lectura

Lectura del libro de Baruc 3, 9-15. 32 - 4, 4

Escucha, Israel, mandatos de vida; presta oído y aprende prudencia. ¿Cuál es la razón, Israel, de que sigas en país enemigo, envejeciendo en tierra extranjera; de que te crean un ser contaminado, un muerto habitante del Abismo? ¡Abandonaste la fuente de la sabiduría! Si hubieras seguido el camino de Dios, habitarías en paz para siempre. Aprende dónde está la prudencia, dónde el valor y la inteligencia, dónde una larga vida, la luz de los ojos y la paz. ¿Quién encontró su lugar o tuvo acceso a sus tesoros? El que todo lo sabe la conoce, la ha examinado y la penetra; el que creó la tierra para siempre y la llenó de animales cuadrúpedos; el que envía la luz y le obedece, la llama y acude temblorosa; a los astros que velan gozosos arriba en sus puestos de guardia, los llama, y responden: «Presentes», y brillan gozosos para su Creador. Este es nuestro Dios, y no hay quien se le pueda comparar; rastreó el camino de la inteligencia y se lo enseñó a su hijo, Jacob, se lo mostró a su amado, Israel. Despues apareció en el mundo y vivió en medio de los hombres. Es el libro de los mandatos de Dios, la ley de validez eterna: los que la guarden vivirán; los que la abandonen morirán. Vuélvete, Jacob, a recibirla, camina al resplandor de su luz; no entregues a otros tu gloria, ni tu dignidad a un pueblo extranjero. ¡Dichosos nosotros, Israel, que conocemos lo que agrada al Señor! SALMO R/. Señor, tú tienes palabras de vida eterna. La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye a los ignorantes. R/. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es limpia y da luz a los ojos. R/. El temor del Señor es puro y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y eternamente justos. R/. Más preciosos que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel de un panal que destila. R/.

Sexta lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 36, 16-28

Me vino esta palabra del Señor: «Hijo de hombre, la casa de Israel profanó con su conducta y sus acciones la tierra en que habitaba. Me enfurecí contra ellos, por la sangre que habían derramado en el país, y por haberlo profanado con sus ídolos. Los dispersé por las naciones, y anduvieron dispersos por diversos países. Los he juzgado según su conducta y sus acciones. Al llegar a las diversas naciones, profanaron mi santo nombre, ya que de ellos se decía: "Estos son el pueblo del Señor y han debido abandonar su tierra". Así que tuve que defender mi santo nombre, profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde había ido. Por eso, di a la casa de Israel: "Esto dice el Señor Dios: No hago esto por vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre, profanado por vosotros en las naciones a las que fuisteis. Manifestaré la santidad de mi gran nombre, profanado entre los gentiles, porque vosotros lo habéis profanado en medio de ellos. Reconocerán las naciones que yo soy el Señor —oráculo del Señor Dios—, cuando por medio de vosotros les haga ver mi santidad. Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios"». SALMO R/. Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entrará a ver el rostro de Dios? R/. Cómo entraba en el recinto santo, cómo avanzaba hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta. R/. Envíu tu luz y tu verdad: que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada. R/. Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría; y te daré gracias al son de la cítara, Dios, Dios mío. R/.

Séptima lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 6, 3-11

Hermanos: Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. SALMO R/. Aleluya, aleluya, aleluya. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. R/. «La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es exenta». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 1-7

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: – «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?» Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: – «No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dije.»

Pautas para la homilía

Vigilia Pascual

Algunos de mis hermanos de comunidad insisten en que nuestros primeros encuentros con Jesús no pasaron de ser enormes casualidades. Yo estoy más bien convencida de que el muy cuco fue haciéndose el encontradizo con unos y con otros y eligiendo cuidadosamente a los suyos, pero en fin... mucho me temo que nunca conseguiremos ponernos de acuerdo sobre este asunto.

De lo que no cabe ninguna duda es de que no tuvo que pasar mucho tiempo antes de que todos nos dejáramos conquistar por Jesús: por su personalidad y por su utopía. Bueno, en realidad tampoco eran dos cosas tan distintas, porque hasta sus más recónditos sentimientos y pensamientos -aquellos que nos contaba en las pocas ocasiones en que conseguíamos quedarnos a solas- tenían que ver con lo que él llamaba el Reinado de Dios. Jesús solía contarnos esa utopía en forma de paráolas, pero Santiago la ha resumido del siguiente modo: es un proyecto de fraternidad entre todas las personas humanas, porque a fin de cuentas todos somos hijos de un único Padre, el mismísimo Dios. Sí, yo también creo que es un buen resumen. Lo cierto es que, de la mano de Jesús, fuimos aprendiendo a llamar a Dios "Padre" y también a caer en la cuenta del especial cuidado y cariño que necesitan los más vapuleados por la vida.

Jesús aseguraba que el Reinado de Dios, aunque aún era pequeño, ya estaba en marcha y que nada podría detenerlo. Nosotros creímos de todo corazón esa buena noticia y ofrecimos nuestra colaboración para el crecimiento de aquella especie de grano de mostaza, como él lo llamó, ridículo de tamaño, desde luego, pero rebosante de vida.

Digo que ofrecimos nuestra colaboración, pero quedé claro que ninguno de nosotros éramos lo que se dice una joya, y, de hecho, había cosas que a todos nos costaba aceptar. Me gustaría no tener que reconocerlo, pero al pan, pan: a pesar de habernos embarcado en la aventura de Jesús, sobre nosotros seguían pesando los viejos reflejos. Por ejemplo, aunque ahora me hace gracia recordar aquel día en que todos nos enzarzamos en una agria discusión sobre nuestros respectivos poderes y privilegios dentro del grupo, lo cierto es que entonces viví aquel episodio como un auténtico fracaso colectivo. Y eso es lo que era: no acabábamos de aceptar que en el proyecto de Jesús no habría dividendos. Menos mal que él demostró, una vez más, tener una paciencia a prueba de bomba. Fue esa paciencia la que nos permitió ir empapándonos de su verdad e ir intuyendo paso a paso nuevos horizontes en su forma de ser y de vivir. Llegamos incluso a convencernos de que Jesús no era un hombre cualquiera, sino un gran profeta, un enviado de Dios. En fin, que a pesar de nuestros pesares, en aquella primera época todo parecía ir viento en popa. La fama de Jesús se extendía y cada día recibíamos en el grupo caras nuevas.

Sí, la fama de Jesús se fue extendiendo a toda velocidad, pero no todo eran ventajas. Enseguida tuvimos ocasión de comprobar que, a medida que su mensaje iba siendo conocido, se despertaban todo tipo de recelos y de hostilidades entre los poderosos, sobre todo entre las autoridades religiosas de nuestro propio pueblo. Y esto nos desconcertaba por completo porque aquellos hombres eran ni más ni menos que los representantes oficiales de Dios. Así los veíamos nosotros en aquel entonces. No podía ser verdad, pero lo era: estábamos asistiendo a una especie de guerra: el Dios de la ley contra el Dios-Padre, el Dios del templo contra el Dios de la vida, del Dios oficial contra el Dios de Jesús. Lo de guerra puede parecer exagerado, pero, de hecho, el conflicto en que Jesús se vio envuelto fue pasando a mayores: primero fueron simples intentos de ridiculización de Jesús; más adelante calumnias (le llamaron borracho, loco, endemoniado); luego llegaron los planes de captura, que siempre fallaron, excepto -claro- la última vez, aquella que condujo al juicio, a la condena, a la tortura y a la ejecución.

¡Una ejecución! Hemos tenido que ver a Jesús colgado de una cruz; ejecutado por hereje, por heterodoxo, por mentiroso... por blasfemo según decía la sentencia con que el Sanedrín le acusó de haber adulterado y corrompido completamente la verdadera imagen de Dios. Nuestro desconsuelo era total y nuestra tristeza infinita. Todo sucedió deprisa y apenas tuvimos tiempo de hablar las cosas. Además, el miedo nos tenía agarrotados y prácticamente todos decidimos escondernos y dispersarnos; por no dejar sola a María, la madre de Jesús, sólo su hermana, Juan y yo, haciendo de tripas corazón, nos atrevimos a llegar hasta el final. No fue posible pararse a pensar las cosas entre todos y no seré yo quien me aventure a dar una palabra definitiva sobre los demás, pero tengo la impresión de que fuimos muchos los que entendimos que aquello era el desenlace de un fracaso estrepitoso. En la cruz yo vi -he de reconocerlo- el triunfo del Dios oficial sobre el Dios de Jesús. ¿Cómo podríamos haber desconfiado de la sentencia de aquel tribunal de hombres sabios y religiosos, cuya voz era aceptada por todo el mundo como la voz de Dios? Nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras instituciones, nuestras autoridades... parecían estar demostrando el gran fraude cometido por Jesús. Parecía quedar sentado y bien sentado que la utopía de Jesús nada tenía que ver con el Reino de Dios, sino con la imaginación calenturienta de un soñador descarriado. Recuerdo el horrible estremecimiento que hace unos días me produjeron los gritos de aquel hombre que se encontraba justo detrás de nosotros, al pie de la cruz: "¿Dónde está tu Dios ahora? ¡Que venga a salvarte si tanto te quiere!". Y el Dios de Jesús no vino. ¡Qué espantoso silencio! Allí quedaban, pendiendo en un madero, los jirones de una farsa.

Todo había sido un espejismo, un sueño... un dulce sueño, es verdad, pero un sueño al fin. Y había llegado el momento de despertar y de seguir mirando de frente la única realidad... la de nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras instituciones y nuestras autoridades... la única y verdadera realidad. La realidad a secas.

Pero en esta hermosa mañana de Pascua la realidad parece haberse vuelto loca. En cierto sentido, todo ha cambiado. Sabemos que Jesús vive... así de sencillo y así de espléndido. Casi no tenemos palabras para decirlo, apenas somos capaces de balbucear el misterio, pero sabemos que Dios ha resucitado a Jesús. Sabemos que, a pesar de todas las apariencias, era Jesús quien estaba en lo cierto: no hay más Dios que el de la misericordia, el que vela sobre el débil, el enamorado de la vida. No hay más Dios que el Padre nuestro, el que a todos nos hace hermanos. ¡Y eso nos llena de alegría!

Es verdad que este mundo sigue siendo, por muchas y conocidas razones, un lugar feo, frío y triste. Pero no es menos cierto que la resurrección de Jesús descubre un mundo inédito, crea posibilidades vírgenes, estrena horizontes desconocidos. La resurrección de Jesús hace posible que se den la mano realidades que parecían destinadas a no encontrarse nunca: dolor y sonrisa, enemigo y abrazo, persecución y bienaventuranza, ofensa y perdón, morir... para vivir.

Se equivocan los que piensan que la tortura puede amedrentar al hombre libre: Jesús ha resucitado. Se equivocan los que recurren a la calumnia para silenciar al hombre veraz: Jesús ha resucitado. Se equivocan los que abusan del poder para poner cerco al hombre fraternal: Jesús ha resucitado. Se equivocan los que confían en la violencia para sepultar al hombre justo: Jesús ha resucitado. Se equivocan los que pretenden poner término a nuestra historia personal y colectiva en la noche oscura de un viernes santo: desde la luminosa mañana de pascua Dios nos llama en Jesús resucitado.

Más aún, en esta hermosa mañana hemos aprendido incluso a amar la cruz. Ahora sabemos que ella no significa el triunfo de ningún diosecillo, sino la solidaridad del Dios de Jesús con todos los abatidos. Sabemos que la gloria de Dios ya no brilla en las medallas de los poderosos, sino en la ternura de los débiles. Sabemos que los diamantes son estériles, mientras que el estiércol puede alimentar la vida.

En algo tienen razón los aguafiestas, y es que la resurrección de Jesús no nos saca de repente de este lugar feo, frío y triste en que ahora vivimos..., pero nos permite acariciar una esperanza para seguir caminando. Porque Dios es, para siempre, el Padre obstinadamente creativo capaz de transformar una tragedia en una victoria para sus hijos.

Fray Javier Martínez Real, OP
San Gerónimo - Rep. Dominicana

[Enviar comentario al autor](#)

Misa del Día

La “prueba de la resurrección”

La resurrección de Cristo, como la nuestra, es un dato de fe. Indemostrable con argumentos científicos. Lo más noble de la vida es indemostrable con esos argumentos: el amor de enamorados, por ejemplo, el compromiso solidario por el otro, el ansia de conocer la verdad de lo que somos y debemos ser... Todo eso responde a una opción personal. No hay argumentos, existen signos de la Resurrección.

Nosotros no veremos el sepulcro vacío, y el sudario enrollado como Juan y Pedro, signo de la resurrección del Señor. Nuestra fe se apoya sobre todo en ver cómo la certeza de la resurrección de Cristo cambió la vida de Pedro y del resto de los discípulos. Pedro, como dice la primera lectura, es capaz de predicar algo tan insólito como que el “colgado del madero” a la vista de todos, Dios lo ha resucitado, según algunos pueden atestigar. Ese testimonio de algunos sería el testimonio de unos visionarios, si no estuvieran dispuestos a dar la vida por esa fe; si esa misma fe no les hubiera cambiado la vida a ellos.

La nueva vida de nosotros, “resucitados”

Pues bien, nosotros hemos continuar el compromiso de los apóstoles de ser testigos de la resurrección de Cristo, de su triunfo sobre el odio y la muerte. Seremos testigos, no sólo proclamando gozosos la resurrección de Señor, sino, y sobre todo, apostando por los bienes del cielo, los bienes que triunfaron con la resurrección de Cristo: el amor, la búsqueda de la verdad, la intimidad con Dios. Pablo nos los recuerda en la segunda lectura: “Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes del cielo, no los de la tierra” En la medida en que buscamos los bienes del cielo frente a la presión, que no nos abandona, de hacernos con los de la tierra, anunciamos el gozo de la Pascua, superamos la muerte, lo efímero y terreno.

Proclamamos, ya en la tierra lo que es plenitud en el cielo: el triunfo del amor sobre el odio, de la verdad sobre el error; así como la necesidad de contar con Dios frente al olvido de su presencia en nuestras vidas. Atendiendo a eso construiremos una comunidad -familiar, social, parroquial- de paz y libertad, como la que el Resucitado quiso para los suyos.

Si estamos en esa línea, la Pascua ha llegado a nosotros y podemos comunicar, no sólo desear, a los demás con razón ¡FELICES PASCUAS! Ese es mi sincero y cordial deseo.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Evangelio para niños



El sepulcro vacío

Marcos 16, 1-8

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo María la Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: - ¿Quién nos correrá la piedra a la entrada del sepulcro? Al mirar vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. El les dijo: -No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: El va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dije. Salieron corriendo del sepulcro, temblando de espanto. Y no dijeron nada a nadie del miedo que tenían.

Explicación

El domingo, al amanecer, unas mujeres fueron al sepulcro donde habían puesto a Jesús. Al llegar vieron que la piedra que tapaba la entrada estaba movida y el cuerpo de Jesús había desaparecido. Un ángel les dijo que había resucitado y que fueran a decírselo a los discípulos, pero ellas asustadas salieron corriendo y no se lo dijeron a nadie.